

[www.alfaguara.com](http://www.alfaguara.com)  
Empieza a leer... Escritores delincuentes

ALFAGUARA



José Ovejero

Escritores delincuentes

---

«Los prisioneros más peligrosos —y lo digo también en un sentido “físico” — son “escritores y lectores”.»

JACK HENRY ABBOTT, *En el vientre de la bestia*

Cuando Norman Mailer estaba escribiendo *La canción del verdugo* recibió una carta de un tal Jack H. Abbott, un presidiario que le ofrecía ayuda para entender la violencia en las cárceles. Mailer quedó impresionado con la inteligencia de Abbott y ambos comenzaron a escribirse con regularidad.

Abbott tenía un largo historial delictivo: fraudes, robos, atracos a mano armada, lesiones, fugas, homicidio; había pasado más de catorce años en celdas de castigo; desde los doce a los cuarenta sólo había estado nueve meses y medio en libertad; su comportamiento en prisión era violento, tanto hacia los guardianes como hacia sus propios compañeros. Al mismo tiempo, era un ávido lector; había leído una cantidad enorme de libros de filosofía, él, que nunca consiguió terminar la escuela; también devoraba novelas. Su autodidactismo lo resume él mismo en una frase: «nunca había oído pronunciar las nueve décimas partes de mi vocabulario».

A Mailer le fascinaron las cartas de Abbott; en ellas habla de literatura, de filosofía, del sistema penitenciario norteamericano, de política, de la rebelión como única forma digna de supervivencia; estas cartas contienen sin duda una mezcla poderosa de dotes de observación, sutileza y furia.

Mailer consiguió que se publicase una selección en un volumen que obtuvo críticas hiperbólicas: «Quizá uno

de los libros más importantes de nuestra era», según *Vogue*. Mailer también le ayudó a obtener la libertad condicional. Tras salir de prisión Abbott fue recibido con entusiasmo en los círculos literarios neoyorquinos. Aquellos a los que Tom Wolfe había apodado *radical chic* estaban encantados con su mascota.

Seis semanas después de quedar en libertad, Jack Henry Abbott mató de una cuchillada a un camarero con el que tuvo una discusión. En el nuevo proceso aún contó con el apoyo de algunos intelectuales de izquierda, que después poco a poco fueron desengañándose y abandonando su causa. En la cárcel escribió otro libro, con menos éxito que el primero. Nunca volvió a salir de prisión. El 10 de febrero de 2002 Jack Henry Abbott se ahorcó en la celda usando una sábana y un cordón de zapato.

Mailer probablemente pensaba que alguien con una mente tan sofisticada como Abbott no debía estar en la cárcel, o, dicho de otra manera, que la inteligencia unida a la sensibilidad nos redime: quien es capaz de escribir un gran libro no se merece estar entre rejas. Lo mismo debieron de opinar Cocteau y Sartre cuando defendieron a Genet, y tantos otros intelectuales que, a veces sin conocer bien los hechos delictivos de sus protegidos, se lanzaron a una cruzada para liberarlos; gracias a ello vieron reducida su condena escritores que no volvieron a delinquir, como Alfonso Vidal y Planas, Sergiusz Piasecki y María Carolina Geel, pero también peligrosos psicópatas como Edgar Smith.

Hay muchas razones que explican esta atracción, a veces identificación, entre intelectuales y delincuentes, más si estos últimos son cultos o muestran cierto refinamiento ideológico. Por un lado está la mala conciencia social de las clases medias y acomodadas occidentales. Susan Sontag se maravillaba al ver a un público mayoritariamente blanco aplaudiendo y riendo en un teatro durante la representación de una obra en la que se criticaba e in-

sultaba precisamente a los blancos estadounidenses. Esa mala conciencia hace que mucha gente, no sólo intelectuales y escritores, tienda a ponerse del lado del delincuente y no del de la policía. En 1979 el atracador y homicida —y también escritor— Jacques Mesrine fue elegido el hombre más popular del año por los franceses.

Quizá influya también que todos somos renegados en nuestro interior: nos tenemos por más revolucionarios, heterodoxos e iconoclastas de lo que los demás pueden percibir; cualquier oficinista se siente en secreto un aventurero, puede que doble la espalda diez veces al día delante del jefe, pero muy por dentro es Dick Turpin o Barbarroja; curiosamente, como nuestra conciencia define en buena medida nuestra identidad, tendemos a creer que ese ser oculto, que no actúa sino sólo piensa, es verdaderamente nuestro yo.

Por otra parte, un escritor es, en general, alguien de vida anodina cuya conversación suele girar alrededor de libros y... de otros escritores. Los escritores de hoy son, o aspiran a ser, habitantes de confortables apartamentos y hoteles con aire acondicionado y conexión a Internet, y muchos van a la oficina mientras llega el éxito que merecen. Pero al mismo tiempo no quieren renunciar al aura romántica del creador bohemio y original; al establecer una solidaridad con el criminal, el escritor se acerca a él, a su experiencia excepcional, y la hace propia; porque uno de los puntos débiles del escritor es que tiende a saber mucho sobre las representaciones de la realidad, pero tiene escasa experiencia directa de ella.

Pero no seamos injustos con los escritores, ni siquiera con la izquierda exquisita. No están solos en su visión algo idealizada de la delincuencia. Nuestras opiniones y fantasías son resultado de largos y complejos procesos históricos. También la relación del ciudadano observador de las leyes con el delincuente ha evolucionado debido a corrientes ideológicas de las que ya no somos

conscientes. La Ilustración y su crítica al poder absoluto, a la arbitrariedad del monarca, llevó a poner en tela de juicio la justicia de sus penas; así fue creciendo el rechazo hacia castigos —marcado al fuego, amputación de miembros, descuartizamiento, verter aceite hirviendo en la garganta del reo— que un siglo antes eran aceptados como lógica respuesta del soberano hacia quien atentaba contra él y el orden divino que representaba en la Tierra. Al ser cuestionada la justicia real, el preso se transforma de delincuente en víctima. Además, como muchos de los que se rebelaban contra la autoridad real también acabaron en la cárcel, cuando no en la guillotina, tuvo lugar un proceso de identificación entre el liberal rebelde y el delincuente: compartían prisión, castigo, eran objeto de la venganza del rey. De pronto se había construido un puente entre burgueses, aristócratas y delincuentes de las clases bajas que un siglo antes habría sido impensable.

Los movimientos contestatarios de los años sesenta en el siglo xx también dieron lugar a un resurgir de la solidaridad para con los presos: al condenar «el sistema», no tal o cual ley, sino las bases mismas de la sociedad capitalista, es lógico que los inconformes mirasen con buenos ojos a los infractores, a los delincuentes, cuya acción iba dirigida contra las normas impuestas por ese sistema; así, el robo e incluso el asesinato se teñían fácilmente de connotaciones políticas; los intelectuales de izquierda visitaban a los prisioneros más concienciados en las cárceles —escritores, activistas negros, fedayines palestinos—; el rechazo a todo el sistema, y por tanto también al penal, los empujaba a realizar una curiosa simplificación: si la sociedad es culpable, los delincuentes a los que castiga son inocentes. A muchos no se les pasó por la cabeza que tanto la sociedad como los prisioneros pudieran tener culpas, aunque fueran de distinto orden.

No me considero inmune a esa fascinación por los fuera de la ley. Quizá, al pensar por primera vez este libro,

me empujaba sobre todo una curiosidad algo morbosa. ¿Burroughs mató a su mujer jugando a Guillermo Tell? ¿Álvaro Mutis estuvo en la famosa cárcel de Lecumberri por malversación? ¿Anne Perry fue una adolescente asesina? Soy consciente de que un libro sobre escritores tan dispares y de experiencias tan distintas como François Villon y Jeffrey Archer parece a primera vista una empresa banal, incluso oportunista. Júzguelo el lector como quiera; puede que el primer chispazo que inició mi curiosidad fuese algo frívolo, y sin embargo...

Un buen escritor es aquel que tiene una mirada original sobre el mundo y sabe contarnos lo que ve. Hay muchos escritores capaces de hacer lo segundo con enorme habilidad, pero les falta lo primero. Del escritor que ha vivido experiencias extraordinarias, del escritor delincuente, esperamos que tenga lo primero, que su vida singular le haya permitido descubrir cosas que los demás no vemos. A veces el drama es que les falta lo segundo. Maurice Sachs anotó: «Vivo mi libro, y eso me impide escribirlo». No exactamente: escribió más de un libro basado en sus vivencias, pero su afán de tener éxito, de ser admirado, hizo de él un autor demasiado frívolo, demasiado preocupado por el efecto y poco por la sinceridad de la escritura.

Los escritores que he seleccionado no son interesantes sólo por su biografía. Lo verdaderamente interesante es la relación entre su biografía y su obra, cómo en ambas se entrelazan temas como la culpa, las injusticias sociales, la capacidad redentora —o no— de la escritura, la verdad en la ficción, la mentira en la autobiografía, la relación con la propia violencia, su mirada sobre la cárcel, sobre los jueces, sobre otros delincuentes, la tensión impresionante entre lo que dicen y lo que callan... Si al principio me fascinaba el acto violento o tan sólo ilegal, después me fascinaba su representación, y cómo esa representación acaba

transformando al propio escritor. ¡Y ese deseo, esa necesidad de justificarse, de expresarse, de defenderse! El libro del escritor delincuente se vuelve una nueva sala del tribunal, y el lector el jurado o, en algún caso, un nuevo acusado como miembro de esa sociedad a la que condena el delincuente. En pocas ocasiones une la literatura de forma tan consciente a escritor y lector, no sólo mediante el acto literario, también a través de la confrontación entre sus valores y opiniones.

Adentrarse en las biografías de estos escritores hace que pierda relieve el acto delictivo y se revele el contexto social y familiar en el que tiene lugar. No es lícito reducir a una persona a un solo acto; un delito no existe aislado, aunque la víctima afectada por él no pueda alejarse lo suficiente para ponerlo en perspectiva, sino que es resultado de un complejo entramado de relaciones personales y sociales; casi todos los escritores delincuentes de los que tenemos suficientes datos comparten una experiencia: una niñez traumática. Ciertamente, la niñez es por definición traumática, pero no todos tenemos un padre alcohólico, hemos sufrido la violencia familiar, el abandono, largos aislamientos, no todos provenimos de familias destruidas por la miseria, ni hemos sido violentamente discriminados por nuestro origen o nuestro color. El escritor delincuente que narra sus crímenes, incluso aunque no lo pretenda, narra también los crímenes de la sociedad: el delito no surge sólo de una mente trastornada; el individuo es un síntoma que llama la atención sobre un organismo enfermo.

La ya citada Susan Sontag escribió: «En la tradición aristotélica del arte como imitación, el escritor era el médium o el vehículo para describir la verdad de algo exterior a él mismo. En la tradición moderna —más o menos a partir de Rousseau— del arte como expresión, el artista dice la verdad sobre sí mismo». Y el escritor delincuente, al combinar una biografía que pugna por expresarse y una mirada de pícaro sobre la sociedad, es uno de los pocos

---

capaces de aunar las dos tradiciones. Al leerlo, vemos sus actos, sus delitos, de los que ninguno quisiéramos ser víctimas; pero la narración no se queda ahí; de hecho, el delito ni siquiera es, como en muchas novelas de detectives, el centro de la trama; es sólo parte de una narración mucho más amplia y compleja. A veces el escritor delincuente hace un verdadero esfuerzo por ir desvelando esa trama; a veces procura lo contrario: ocultar, manipular, tergiversar. El lector se encuentra con ficciones que pretenden mostrar la realidad —y descubre precisamente los límites de la ficción en esa tarea— y con relatos supuestamente objetivos que construyen con disimulo la ficción que el escritor quisiera vender al lector.

Quizá por eso leer a estos autores, y establecer relaciones entre sus escritos y sus vidas, es una manera de poner en tela de juicio nuestras opiniones, de dismantelar esos modelos demasiado sencillos que hemos ido construyendo para explicar la realidad. La ficción de estos autores muestra la ficción de nuestros prejuicios. Pocas cosas resultan más instructivas.